

Alex Esposito:

Un barítono para nuestro tiempo

por Jorge Binaghi



Alex Esposito: “Yo no puedo cantar Wagner, pero quien canta Wagner no canta Rossini”

Conocí a Alex Esposito en una sorprendente —por lo acabado del trabajo vocal y escénico— creación del nada fácil personaje de Fernando en *La gazza ladra* en el Festival de Pesaro de hace dos temporadas. Todo lo que había oído sobre el jovencísimo bajo me pareció no sólo cierto, sino poco. Después, este joven artista ha ido ganando posiciones y reconocimiento en el mundo lírico a fuerza de trabajo y estudio. En estos momentos se prepara en Bruselas para cantar en el primer reparto del Figaro mozartiano (su debut aquí; más tarde lo espera Leporello en Munich y la Scala, por ejemplo).

Aceptó que le formulara unas preguntas y responderlas por escrito. He decidido no intervenir ni modificarlas en lo más mínimo porque qué mejor que el propio artista lo haga, cuando sabe expresar tan claramente lo que piensa, siente, recuerda. Como se verá, él no parece rechazar de plano el “marketing” actual del mundo lírico, pero ciertamente, como en los buenos viejos tiempos, hasta ahora todo se lo ha ganado legítimamente y nada le ha sido regalado o facilitado por los “medios”, ni por la publicidad o los cotilleos, ni por una compañía de discos que le diseñe ‘campañas’ de grabaciones seguidas de giras de conciertos durante años para vender el producto, aunque sea de calidad altísima.



Mi pasión por el canto lírico y, aun antes, por la música en general, creo que se remonta a mi infancia, cuando, el domingo en la misa, escuchaba con gran interés y pasión no la función religiosa, sino el sonido del órgano Serassi. Se encontraba colocado del lado opuesto al altar mayor, sobre la puerta de entrada... y hacia allí, con gran disgusto y rabia de mi abuela, que procuraba en vano que mantuviera mi compostura, se dirigían

constantemente mis miradas. “¡Le gusta la música!” les decía la abuela a los míos en dialecto bergamasco. Y tenía razón. También yo quería subir allí arriba, a manejar aquella “nave espacial” que producía, no sabía yo cómo, ese magnífico sonido que no me dejaba en paz, que terminaba resonando en mis oídos durante toda la semana... ¡Yo también lo quería!

De allí comenzaron mis primeros estudios musicales y mis padres me regalaron con gran sacrificio el piano. Recuerdo aún hoy cuando lo vi entrar en casa... ¡No daba crédito a mis ojos!

La pasión por la ópera nació, en cambio, una vez que asistí a un *Nabucco* en la Scala en 1986. ¿Fulminado por un rayo? Es decir poco... “¡Ya! —me dije—. Esto es lo que voy a hacer cuando sea grande.” Fui a mi casa y se lo dije una vez más a mi abuela: “Es un niño testarudo cuando quiere algo...” Y también entonces tenía razón.

No sé en realidad si mi vocación por la música nació con motivo de esos dos acontecimientos o si ya formaba parte de mí; lo que es cierto es que era muy fuerte y ya no me bastaba sólo como pasatiempo y distracción de los domingos, y después de mis estudios secundarios decidí que no quería ya estar sentado en la platea, sino que quería pasar del otro lado... ¡sobre el escenario!

Me busqué un maestro de canto (el barítono Romano Roma; actualmente sigo mis estudios con Sherman Lowe), estudié y cuando tras algunos años de estudios me sentí más o menos preparado di mis primeros pasos en la “profesión”, primero con papeles pequeños y ahora aquí estoy.

Debo decir que, pese a que mi experiencia hasta el momento ha sido muy positiva, no he dejado de tener que hacer sacrificios y sufrir muchas desilusiones, pero en todo caso todos ellos destinados a convertirse en pequeños fragmentos indispensables para componer el mosaico de la carrera, como ocurre con cualquier otra profesión.

La inseguridad, la incertidumbre, el error, la equivocación... creo que son todos ingredientes necesarios que no pueden faltar en nuestro trabajo, sin que debamos jamás dejarnos vencer por ellos: lo importante es extraer una enseñanza de cada uno de ellos y lograr que se conviertan en bagaje y advertencia para el trabajo futuro.

La humildad: no sólo profesional, sino sobre todo artística. Me refiero a la que hay que tener al aproximarse a la obra en sí misma, no perder jamás de vista que se trata de una fuente inagotable de matices y aspectos ocultos, digamos una Biblia que se debe interpretar y nunca tergiversar. Tenemos simplemente que “dejarnos usar” por ella para acercarnos a grandísimos resultados; todo está escrito allí dentro, al artista no le hace falta otra cosa.

Reconozco que ha sido para mí una suerte tener a mi lado grandes maestros de repertorio, directores de escena y de orquesta en mi aproximación a los nuevos roles. Me refiero, por ejemplo, a maestros como Pappano, directores de escena como Mussbach, preparadores como Barker o Kettelson, este último desaparecido el año pasado.



Como Papageno en *Die Zauberflöte*

En estos años me ha sucedido con mucha frecuencia tratar a personajes ilustres pertenecientes a las generaciones de cantantes anteriores a la mía y escucho siempre fascinado sus experiencias “del tiempo pasado”. Terminan siempre teniendo un agradable sabor de blanco y negro donde no falta nunca la celeberrima frase: “En nuestra época era algo totalmente distinto...”. ¿Qué podría decir? Es cierto, por desgracia en algunos aspectos, ¡y por suerte en otros!

Era una época plétórica de voces grandes, robustas interpretaciones, se tratase de Verdi o de Händel, donde lo importante era el rendimiento vocal durante el espectáculo; el público iba al teatro, llenaba los pisos altos, esperaba con los puños en las caderas el aria y mostraba su desacuerdo sin escrúpulo alguno cuando era necesario y todo esto se aceptaba con un gran espíritu deportivo.

Ahora las cosas son algo distintas: en la era del disco el público necesita un personaje que ya sea famoso incluso

antes de subirse a un escenario... y aquí entra la publicidad. Nada hay de positivo o de negativo en esto. Se trata sólo de nuevas exigencias de “marketing”, y como en todo, también la industria del disco puede cometer errores.

Nuevas son también las exigencias del público ante determinados repertorios: el barroco, que antes se representaba muy poco o nada, y un determinado subgénero de Rossini (del redescubrimiento de este último el mérito corresponde sobre todo a los trabajos llevados a cabo por la Fundación Rossini de Pesaro y al Rossini Opera Festival). Hay una mayor especialización de las voces, se procuran técnicas de ejecución y sonoridades más próximas a su presumible gusto original usando instrumentaciones antiguas y otras cosas por el estilo. Gracias a aportes absolutamente interesantes en este sentido, provenientes de cantantes y directores, pero también de registas, un mundo que antes pertenecía a un público de entendidos hoy se ve cada vez más presente en las temporadas de mayor importancia.

Todo esto para decir que también yo he tenido una especialización vocal, la mozartiana y rossiniana, y que de vez en cuando exploro en puntas de pie algún territorio nuevo (como el Donizetti cómico) en contextos que no me exponen demasiado, y me gusta medirme y experimentar, siempre obviamente de modo compatible con las características de mi instrumento vocal. No me gusta llamarlos límites, porque sería peyorativo; digamos más bien que cada uno de nosotros es consciente —o debería serlo— de lo que la propia “naturaleza” puede o no puede darle... En último análisis, yo no puedo cantar Wagner, pero quien canta Wagner no canta Rossini.

La voz es en cualquier caso un instrumento que cambia mucho con el paso de los años: ninguno de nosotros puede decir en qué sentido irá; seguramente, no debe ser forzada hacia donde quisiéramos que fuese, sino que hay que seguirla y secundarla; y lo mismo ocurre con el espíritu para afrontar determinados papeles: los años, las experiencias, los dolores cambian nuestra forma de ser y a veces nos hacen menos adecuados para interpretar lo que tal vez 10 años antes se hacía con una cierta naturalidad y desenvoltura.

Es grande mi preocupación por la situación histórica y económica por la que atraviesa la cultura en Italia. Es verdad que la atmósfera general en el mundo no es de las



Como el protagonista en *Le nozze di Figaro*

más brillantes, y por lo mismo es normal que también la cultura sufra, pero no creo que sea menos importante que tantas otras actividades como, por ejemplo, el fútbol. La gente no vive sólo de cosas materiales y, por otra parte, la cultura debería también adecuarse a las actuales exigencias económicas y tomar en consideración sus disponibilidades económicas del momento.

No soy un gestor y ni siquiera dispongo de capacidades empresariales en este sentido, por lo que no quiero embarcarme en discursos o consejos que resultarían absolutamente aproximativos, pero puedo decir que la cultura no tiene color político, y no conoce obstáculos si se quiere que exista, y que en el curso de la historia ha sido quizás una de las poquísimas anclas de salvación para los pueblos y ha logrado que estos permanecieran en los siglos incluso después de haber desaparecido. ●